

'IN MEMORIAM' Antonio Jiménez Torrecillas

Arquitecto vanguardista de la tradición

ANATXU ZABALBEASCOA
Al arquitecto Antonio Jiménez Torrecillas, fallecido en Granada el 16 de junio a los 52 años, no le tembló el pulso cuando dibujó uno de sus primeros proyectos. Frente a la majestuosa catedral de Granada levantó el Centro José Guerrero, un edificio rompedor, pero sobrio, abstracto y austero que, lejos de enfrentarse a la catedral, se sumaba a ella para recomponer el paisaje de la ciudad. El centro, concluido en el año 2000, es un marco limpio, emblemático y escultórico para la obra del pintor, pero es también, para el visitante, un ascenso en busca de la luz y, por supuesto, un mensaje de futuro: una contribución a la evolución de la ciudad. Como la propia catedral —que añadió la factura renacentista de Diego de Siloé a la obra gótica que le precedió—, las mejores ciudades son las que suman y se transforman con el tiempo, las que se levantan a capas.

Ese gesto rotundo de su obra inicial poco hacía prever cómo, años después, este profesor de la Escuela de Arquitectura de Granada sería capaz de manejarse con idéntica naturalidad en la reconstrucción de la Muralla Nazarí, en el Alto Albaicín, frente a la colina de la Alhambra. Con la misma idea de sumar, de respetar, de atender a lo que había y de contribuir a lo que habrá, levantó en 2006 una pieza de *land art* pensada para preser-



Antonio Jiménez Torrecillas y su hermana Pilar, diseñadora, en la tienda de esta. / JUAN FERRERAS (EFE)

var el paisaje junto a la ciudad. La muralla ofrece además la paradoja de ser a la vez muro y mirador. Construida con pavimento blando de tierra apisonada, está salpicada de huecos, entre las lajas de tierra apiladas, por los que pasa el aire y se cuegan vistas de la ciudad. Una ciudad que sabe crecer y una ciudad que atraviesa muros.

Una finura similar la aplicó poco después, en 2008, cuando culminó la transformación de la Torre del Homenaje de Huéscar, también en Granada. El antiguo torreón convertido en mirador, vestido con un traje de lamas de madera, hablaba de nuevo de transformación urbana y conservación del patrimonio. Como lo hace la propia re-

conversión en Museo de Bellas Artes del Palacio de Carlos V.

Cuando le sorprendió el cáncer, Jiménez Torrecillas estaba trabajando en la que será la primera estación del metro de Granada, en Alcázar Genil. Como hizo por dentro y por fuera —diseñando interiores y cuajando intervenciones urbanas—, la estación tiende, de nuevo, un puente entre los restos arqueológicos de una alberca almohade del siglo XIII —que debieron esquivar— y la futura movilidad de su ciudad.

La capacidad sintética de su primera obra —y los ecos posteriores en otras viviendas, como la levantada en Benidorm o en “mi casita de la playa” que, entre pinos, había diseñado en Rota pa-

ra su familia— ha convivido siempre en este excepcional arquitecto discreto con una huella artesanal en las rehabilitaciones. Moldeados a mano más que dibujados en el plano, los proyectos de restauración de este arquitecto respetuoso y visionario a la vez destilan afecto por su ciudad. “Vivo en el mundo, pero duermo en Granada”, dijo en una entrevista. Hoy, triste, pero esperanzadoramente, muchas partes de esa ciudad son su legado. Cómo hacer crecer las urbes conociendo y entendiendo lo que han sido y apuntando lo que pueden llegar a ser es lo que explican sus intervenciones. Con la admiración con la que siguió su trayectoria, lamento que mi primer escrito sobre él haya tenido que ser póstumo.

Curro de Utrera, un cantaor superviviente de la historia flamenca

FERMÍN LOBATÓN
Con la desaparición el pasado sábado del cantaor *Curro de Utrera*, nacido Francisco Díaz García (Utrera, 1927), se va uno de los grandes, de los históricos, el más longevo de los que de su categoría quedaban. Y, además, en activo, pues en caso parecido al de Encarnación Marín, *La Sayago*, otra veterana que se nos fue no hace mucho, su retirada de los escenarios nunca fue definitiva y siempre se mostró dispuesto a ofrecer su arte allá donde era requerido. Una de las últimas debió de ser la de la pasada Bienal de Flamenco de Sevilla, el 1 de octubre de 2014, cuando la organización lo reunió en un acertado y más que celebrado cartel junto a Romerito de Jerez, Rancapino, La Cañeta de Málaga, El Carrete y El Peregrino. *Toda una vida* se llamó el espectáculo y recibió una calurosa y unánime acogida por parte de la crítica y de los aficionados.

Cuando las facultades no fallan y el conocimiento se mantie-

ne intacto se pueden dar fenómenos como el de Curro de Utrera, que todavía era capaz de decir los cantes con solvencia transmitiendo fielmente las esencias propias de cada estilo. Y él era de los que conocía mucho. Un cantaor largo, casi enciclopédico, que adquirió sus saberes tanto por su incontestable afición como por su larguísima trayectoria artística, que le hizo traspasar las fronteras temporales de las etapas flamencas con una extraña cualidad de supervivencia. Vivió la llamada Edad de Oro del cante con largueza y fue figura de los festivales flamencos que imperaron en la segunda mitad del siglo pasado, un fenómeno que curiosamente habría de nacer en su localidad natal.

Lejos de Utrera

Utrera es tierra de grandes artistas, de cante muy gitano y de nombres tan celebrados como Fernanda, Bernarda o Gaspar, todos con el apellido artístico de su tierra, o del inigualable Bam-



Curro de Utrera, en una actuación. / CICUS / UNIVERSIDAD DE SEVILLA

bino. En ese contexto, la trayectoria de Curro estaba destinada a andar otro camino, lo que no le impediría ser reconocido como el gran cantaor no gitano de su pueblo, que lo habría de nombrar hijo predilecto en 2009, o recibir los más altos galardones de su tierra. Pero su carrera artística se habría de labrar lejos de allí. Primero llegando hasta la capital, donde entraría en la compañía de Pepe Marchena, que lo adoptaría artísticamente, y después, tras recorrer el país con compañías de éxito (Juan Valderrama, Lola Flores...), estableciendo su residencia en tierras cordobesas, en cuyo prestigioso Concurso había triunfado

ampliamente en su segunda edición (1958). De forma paradójica, el de Utrera se impregnaría de la mejor tradición de los cantes de esa tierra para convertirse en referente de sus estilos más significativos. Las alegrías y soleares de Córdoba, los fandangos de Lucena, adquirieron en su garganta una calidad canónica por la que fue unánimemente reconocido. Los cantaores que posteriormente hicieran esos estilos habrían de seguir su modelo, y todavía cuando escuchamos esa hermosa cantina de “Pregúntale al platero...”, habremos de recordar su voz y su estilo, que seguirán vigentes por mucho tiempo.

Hugo Blanco, autor de ‘Moliendo café’

EWALD SCHARFENBERG

El compositor Hugo Blanco, referente de la música popular venezolana, falleció el pasado 14 de junio en Caracas. Aunque su desaparición ocurre cuando el músico ya tenía 74 años y 60 de carrera artística, los titulares de la mayoría de los obituarios se han visto obligados a recordar que se trata del autor del tema *Moliendo café*, un éxito universal que creó cuando contaba con 18 años y cuyo impacto global nunca más fue capaz de reproducir.

Eran tiempos en los que, a finales de la década de los años cincuenta y comienzos de los sesenta del siglo XX, el boom petrolero en Venezuela forzaba a una rápida urbanización del país. En los temas musicales que se hacían populares a través de los nuevos medios, la radio y la televisión, se dejaba colar la nostalgia de los



Hugo Blanco.

desplazados a las ciudades por su pérdida arcadia rural. La incipiente industria cultural de entonces recogía las melodías de Juan Vicente Torrealba, José Enrique Chelique Sarabia —autor de *Ansiada*—, Alfredo Sadel y un joven talento llamado Simón Díaz.

Durante esa alborada de oro de la música popular venezolana, con Díaz colaboraría el también bisoño Hugo Blanco, quien compuso *Moliendo café* en 1958 para publicarlo en vinilo en 1960. El tema, en el que Blanco mezcló con tino y sin rubor instrumentos del folclore venezolano, como el arpa, el cuatro y las maracas, junto a otros propios de ritmos tropicales del Caribe, tuvo un éxito inmediato. Del éxito se conocen más de 800 versiones, incluyendo algunas muy sonadas a cargo del ídolo mexicano Javier Solís, Julio Iglesias o Ricardo Montaner.

A Blanco se le siguió viendo en maratones televisivos de los sábados junto a su clásica arpa llanera. Produjo artistas de pop y compuso temas ganadores de los viejos festivales internacionales de baladas, como el de la OTI. El público venezolano esperaba todos los años la parodia musical que Blanco ofrecía cada diciembre intercalando el género navideño venezolano por excelencia, la gaita zuliana, con chistes de tono subido. Un alegre agualdo navideño que forma parte del repertorio escolar venezolano, *Mi burrito sabanero*, también es obra de Blanco.